

INTRODUCCIÓN A SINÓPTICOS-HECHOS

1. ENTRANDO EN EL NUEVO TESTAMENTO

1.1. La Biblia se divide en dos grandes bloques.

Tradicionalmente los cristianos dividen su Biblia en dos grandes bloques: Antiguo y Nuevo Testamento. El primer bloque lo tendríamos en común con los judíos; el segundo sería el específicamente cristiano, compuesto por personas que creen explícitamente en el Mesías enviado por Yahvé.

Quizás esta presentación no sea del todo exacta, ya que, en cierto modo, cuando los cristianos asumieron el AT lo hicieron propio, lo "releyeron" a la luz de Cristo, podría decirse que lo compusieron de nuevo, convirtiéndose a sí mismos en sus autores. Juzgando las cosas con pleno rigor, habría que decir que, para el cristiano, no hay AT, sino que toda la Biblia es Nuevo Testamento, ya que toda le llega "reescrita" por quienes confiesan explícitamente a Cristo como Señor. Lo que para antiguos lectores (judíos) era simplemente promesa, para el nuevo lector (cristiano) es testimonio de la realización.

Aún así, la división en AT y NT es indiscutiblemente práctica, ayuda a percibir el ritmo de la pedagogía divina y la progresiva explicitación de lo inicialmente oscuro: la vida prometida (AT) se convierte en vida realizada o perceptible llegada del reino (NT). Sólo a la luz del NT adquiere el AT pleno sentido; y el AT, en cuanto antigua promesa, presta las claves para la comprensión del acontecimiento salvífico acaecido en Jesús.

Los libros del llamado Antiguo Testamento resultan cristianos mediante una relectura y re-situación. Los del Nuevo Testamento se refieren directa y explícitamente al hecho cristiano.

Por ello ha dicho el Concilio Vaticano II: "A otras edades no fue revelado este misterio como lo ha revelado ahora el Espíritu Santo a los apóstoles y profetas (cf. Ef 3,4-6) para que prediquen el Evangelio, susciten la fe en Jesús Mesías y Señor, y congreguen la Iglesia. De esto dan testimonio divino y perenne los escritos del Nuevo Testamento" (DV 17).

1.2. Complejidad del Nuevo Testamento

Es indiscutible que todos los libros del Nuevo Testamento tienen un mismo origen y contexto (la fe en el Señor Resucitado) y una misma finalidad (catequización progresiva de las comunidades). Pero al mismo tiempo manifiestan una notable heterogeneidad en cuanto a género literario, medio social de origen, finalidad más específica, etc.

Tradicionalmente se han clasificado los 27 libros del Nuevo Testamento en tres grupos o categorías: libros históricos (Evangelios y Hechos de los Apóstoles), libros didácticos (cartas u obras semejantes a cartas) y libros proféticos (aquí sólo se incluía el Apocalipsis).

Esa clasificación respondía sólo (y no del todo) al género literario empleado en cada obra. Cuando se presta atención al contenido de cada libro y al medio en que parece haberse originado, las cosas son menos claras. En realidad todo libro del Nuevo Testamento es histórico, en cuanto que hace referencia al acontecimiento Jesús y a la vida de su iglesia; pero, al mismo tiempo, ninguno es meramente histórico. Igualmente hay que reconocer que todo libro del Nuevo Testamento es didáctico, en cuanto que pretende ayudar a una comunidad a profundizar en su fe; es obra catequética. Y en la mayor parte de los libros hay también elementos proféticos, tanto en el sentido de predicción del futuro como en el de amonestación actual a los creyentes.

Por ello, en la actualidad se prefiere agrupar los libros del Nuevo Testamento por campos de pensamiento, parentesco teológico, influjos mutuos o derivaciones, posibles comunidades destinatarias, etc. Desde este punto de vista se constituyen tres grupos, que podemos designar como corpus sinóptico, corpus paulino y corpus joánico. Algunos libros más rebeldes a un encasillamiento (Sant, Judas, Ap,...) deben situarse en la periferia de alguno de los círculos mencionados.

Dentro de esta variedad, los evangelios han ocupado siempre un lugar preeminente en la liturgia y en la espiritualidad de la iglesia. Sin recurrir a la teoría de la Reforma acerca del "canon dentro del canon", el Vaticano II afirma: "todos saben que entre los escritos del Nuevo Testamento sobresalen los evangelios, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador" (DV 18a).

2. EVANGELIOS SINÓPTICOS Y HECHOS

2.1. ¿Grupo homogéneo o heterogéneo?

Salta a la vista que, agrupando así, juntamos dos obras escritas en un volumen (Mt y Mc) con otra escrita en dos volúmenes (Lc-Hch). Pero la diferencia no es tan radical como pudiera parecer a primera vista; Lucas dedica su segundo volumen (Hch) a explicitar en detalle cómo la obra de Jesús es llevada adelante por los suyos, especialmente por Pedro y Pablo. Pero Mt y Lc no ignoran esa prolongación de la obra de Jesús. Mt concluye con el mandato de evangelizar al mundo entero y con la promesa de la presencia de Jesús entre los suyos hasta el final de los tiempos (Mt 28,19s). Mc, por su parte, en su final originario (16,8), deja la historia abierta al encuentro de Jesús con los suyos y

a lo que de allí pueda seguirse (previamente ha hablado de la predicación del evangelio en todo el mundo, cf.13,10); y en el final añadido ("canónico") se sintetiza la obra misionera de la iglesia: "ellos fueron y predicaron por todas partes; y el Señor cooperaba con ellos y ratificaba su palabra por medio de las señales que los acompañaban" (Mc 16,20). La mayor coincidencia se encuentra, naturalmente, en el esquema común (muy distinto del de Juan) con que los tres primeros evangelistas presentan la obra de Jesús. Esa coincidencia de esquema es la que ha dado lugar a que se les llame "sinópticos". La palabra griega "syn-opsis" significa mirada de conjunto. Las numerosas sinopsis editadas muestran cómo Mt, Mc y Lc pueden disponerse en tres columnas paralelas y ser leídos conjuntamente. Esto no quiere decir que un sinóptico sea fácilmente intercambiable o confundible con otro. La lectura comparada y atenta permite reconocer la originalidad de cada evangelista y la diversidad de comunidades destinatarias, a pesar de utilizar muchos materiales comunes, seguramente prestados.

2.2. Significado del término "evangelio": de la predicación al escrito

El significado de la palabra evangelio/evangelizar es primordialmente el de proclamación de una buena noticia. Se usaba ya en el Antiguo Testamento para el anuncio de la victoria militar (2Sam 19,19), y a partir del Deuterocanónico tendrá el matiz de anuncio de que Dios es rey (cf. Is 41,27; 52,7); desde ese trasfondo se entiende la repetida afirmación de que Jesús "les anunciaba el evangelio del reino" (Mt 4,23; 9,35).

El predicador Pablo, en cambio, cuando habla de que "Dios juzgará lo oculto de los corazones, según mi evangelio" (Rm 2,16), usa la palabra para designar el contenido o mensaje de su predicación. Los escritos de Pablo, más antiguos que los evangelios, dan a entender constantemente que la buena noticia tiene forma oral. Incluso el evangelio de Marcos intenta presentarse no como buena noticia en sí mismo, sino como presentación de cuál es el "origen de la Buena Noticia de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios" (Mc 1,1), tal como se predica en una comunidad concreta. La clara conciencia eclesial de que los escritos evangélicos están en continuidad con la predicación apostólica (juntamente quizá con una desacertada lectura de Mc 1,1) hace que, ya en el siglo segundo, la palabra "evangelio", utilizada incluso en plural, designe un escrito.

2.3. El género literario "evangelio"

A pesar de la impresión que deja una primera lectura superficial, un evangelio se parece muy poco a una biografía; decididamente, no es una vida de Jesús. En una biografía no se puede descuidar tanto la cronología, la topografía, la ambientación histórico-cultural del personaje, y sobre todo, la concatenación entre los diversos episodios. En nuestras biblias impresas suele ofrecerse siempre un mapa con los viajes de san Pablo; en cambio nunca se nos ofrece uno con los viajes de Jesús; sencillamente es imposible, con la información que tenemos, trazar su itinerario.

Parece que los materiales han sido recogidos por bloques: controversias (Mc 2,1-3,6), Jesús y los suyos (Mc 3,13-35), parábolas (Mc 4,1-34), milagros (Mc 4,35-5,43),... Pero no es probable que esos bloques describan períodos sucesivos en la actividad de Jesús. Gran parte de los episodios concretos no se nos indica en qué lugar sucedieron; y el orden entre los mismos varía frecuentemente de evangelio a evangelio, tanto que personas muy familiarizadas con estos escritos no serían capaces de recordar el orden en que se suceden. Una experiencia común es que la escucha de un pasaje evangélico en la liturgia no suele dejar abierta la curiosidad por la continuación de la trama (curiosidad que sí se despierta en la lectura de un fragmento de biografía).

Dado, pues, que la biografía no es el modelo seguido por los evangelistas, se ha pensado en otros modelos o influjos: a) *Teoría del encuadramiento*: Los esquemas doctrinales, fórmulas de fe, etc. habrían recibido un revestimiento posterior pseudobiográfico. No es verosímil; más bien, esos esquemas y sumarios parecen derivarse, por abreviación, del resto del material.

b) *Teoría de la imitación*: El modelo serían las aretologías y presentaciones biográficas de grandes taumaturgos, existentes en el mundo helenista para celebrar a los "hombres divinos" (*theioí andres*). La objeción radica en que las obras clásicas aducidas como posibles modelos hoy se sabe que son cronológicamente posteriores a los evangelios.

c) *Teoría del redactor*: Se trataría de la recopilación de tradiciones aisladas al servicio de una idea teológica que guía la "creación" redaccional. Aunque en esta propuesta hay mucho de verdad, en ningún caso puede olvidarse que los evangelios siguen teniendo un esquema cuasi-biográfico, al cual los redactores se han sometido a la hora de realizar sus magistrales composiciones teológicas.

En realidad se trata de una tal combinación entre historia y doctrina teológica que no se encuentran modelos previos ni imitaciones posteriores a su altura (los apócrifos son otra cosa). El género literario "evangelio" es único, sin precedentes cercanos y sin pervivencia en escritos posteriores.

3. ORIGEN DE LOS EVANGELIOS: UNA GÉNESIS COMPLEJA

3.1. "El evangelio" es anterior a "los evangelios"

Hemos visto que Pablo llama evangelio a su actividad y al objeto de la misma. El no conoce redacciones evangélicas, pero sí una gran difusión del evangelio. Uno de los evangelistas, que sin duda tuvo algún contacto con la escuela paulina, nos ofrece un elemental esquema de la vida del evangelio hasta cristalizarse en nuestros evangelios escritos:

"Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden..."(Lc 1,1-3). El autor del tercer evangelio es, pues, muy consciente de que el evangelio no comienza con él, sino que tiene una compleja historia previa. En conjunto Lucas distingue cuatro tiempos:

- a) *Lo sucedido* entre nosotros. Su prólogo es a los dos volúmenes, y, dado que el segundo (Hch) es una panorámica de la vida de la iglesia naciente, puede usar un "nosotros" eclesial. Para lo referente a Jesús, él ciertamente no se presenta como testigo ocular, sino como deudor de los que lo fueron.
- b) *El servicio de la Palabra*, que creó una tradición ("han transmitido"). Alude a un ambiente de predicación semejante al que podemos rastrear en las cartas paulinas. Lucas no se cuenta entre esos predicadores.
- c) *Intentos narrativos* previos a la narración actual. Parece aludir a relatos parciales que él ha podido aprovechar para componer su obra; su afirmación de que han sido "muchos" nos permite entrever algo de la complejidad de la vida eclesial en esa época que, impropriamente, podemos llamar "preevangélica".
- d) *Escrito sistemático*. Así considera Lucas su obra: "investigado todo diligentemente...escribírtelo por su orden". Para el tercer evangelista esto es un cierto punto final, un logro de madurez eclesial; sin duda no cuenta con lo que supondrá incluir su obra en el canon.

La investigación crítica sobre la formación de los evangelios ha intentado describir más de cerca cada una de esas cuatro fases. De los resultados más ciertos de esa investigación se hace eco el Concilio Vaticano II en DV 19: "...lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres hizo y enseñó realmente para la eterna salvación de los mismos hasta el día de su ascensión a los cielos. Después de este día los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daba la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad. Los autores sagrados compusieron los cuatro evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos....".

En este párrafo conciliar se recogen igualmente los cuatro momentos de que habla el tercer evangelista, haciéndolos extensivos a los demás evangelios:

- a) **Palabras y acciones de Jesús.**
- b) **Predicación apostólica.**
- c) **Escritos provisionales ("tradición oral o escrita").**
- d) **Redacción final, con síntesis, adaptaciones, etc.**

Igual que Lucas, el Vaticano II distingue entre predicadores ("los Apóstoles") y evangelistas escritores ("los autores sagrados"), sin entrar en la cuestión histórica de la identidad o diferencia entre unos y otros. Una tradición que parte ya del siglo segundo, y que quizá nace con una preocupación apologética frente a las producciones apócrifas, identifica a los evangelistas con dos apóstoles (Mateo y Juan) y dos supuestos discípulos de apóstoles (Mc y Lc). El Vaticano II la menciona, sin pronunciarse sobre ella, en DV 18.

3.2. La "cuestión sinóptica". Su objetivo y su estado actual

3.2.1. Una larga historia de investigación

Siempre ha llamado la atención el extraño parentesco (junto con las disparidades) existente entre los tres primeros evangelios, parentesco que ha invitado a ver entre ellos alguna relación de dependencia y a buscar "influyentes" e "influidos". San Agustín consideraba, por ejemplo, que Mt era anterior a Mc, el cual no era sino una abreviación de aquél.

No se trata de pura curiosidad científica, sino del deseo de comprender más a fondo cada evangelio, pudiendo destacar sus peculiaridades y valorar su fidelidad histórica, desde su mayor o menor cercanía a lo narrado. Como puede verse por Lc 1,1-3, recorrer la génesis de los evangelios es recorrer la primera época de desarrollo y expansión de la iglesia.

Es en el siglo XVIII cuando se inicia una investigación científico-crítica de este hecho, con resultados muy diversos, a veces hasta contradictorios. El problema no ha suscitado siempre el mismo interés, y su tratamiento no ha estado exento de riesgos. Unas veces la investigación de las fuentes de los evangelios ha llevado a olvidar los evangelios mismos, el verdadero objeto de estudio. Otras, este estudio, en sí mismo de índole literaria, ha estado viciado por injerencia de elementos extraños, como prejuicios sobre la presencia o no presencia del sobrenatural, retroproyección sobre la iglesia primitiva de prejuicios eclesiológicos de los investigadores, etc.

En la actualidad el estudio de la génesis de los evangelios se equilibra con la visión sincrónica del resultado final y el método intenta mantenerse serenamente en el campo que le es propio.

3.2.2. Unas observaciones muy conocidas

Los tres sinópticos tienen un mismo esquema general: Inician con el evangelio de la infancia (excepto en Mc); a continuación viene lo que puede llamarse "trilogía inicial": Bautista, bautismo, tentaciones; sigue un gran bloque de actividad de Jesús en Galilea; luego, el camino hacia Judea y Jerusalén para celebrar la pascua; se describe algo de su ministerio en Jerusalén; se concluye con el proceso, la pasión y muerte, y la resurrección y apariciones del Resucitado; al final está el envío de los discípulos. Por lógico que parezca este esquema, hay que reconocer que no era obligado; de hecho el cuarto evangelista tiene otro bien distinto.

Los materiales son también idénticos en los tres evangelios. Hay enseñanzas de Jesús, generalmente en forma de parábolas; se recuerdan bastantes acciones suyas, entre las que destacan los milagros; abundan igualmente los encuentros personales de Jesús, en forma de maestro (con sus discípulos) o de contrincante (con los enemigos, que a veces se adelantan a ponerle a prueba). El desarrollo del proceso y ajusticiamiento es también casi idéntico (Lc tiene a veces una mayor originalidad).

Toda esta coincidencia ha sido cuantificada hace mucho tiempo; los tres evangelios tienen unos 330 versículos comunes; además en Mt y Lc se encuentran unos 235 versículos que no tienen paralelo en Mc (nótese el indefinido "unos", ya que la coincidencia numérica no es perfecta debido a que un mismo párrafo no tiene idéntica división en versículos en todos los evangelios; elegimos números redondos). Por otra parte, Mc tiene 278 versículos de los cuales comparte 178 con Mt y 100 con Lc.

Finalmente, cada evangelista tiene su patrimonio particular que no comparte con ningún otro: Lc posee casi 500 versículos propios; Mc, solamente 60. El total de versículos de cada evangelio es el siguiente: Mt consta de 1068, Mc de 661 y Lc de 1150. El siguiente recuadro muestra estas coincidencias y diferencias cuantitativas:

Versículos totales	Propios	Comunes a 3	Comunes a 2		
Mateo 1.068	330	330	178		235
Marcos 661	53				100
Lucas 1.150	500				

No sólo se dan las coincidencias de orden y de material, sino frecuentemente también de tenor verbal, especialmente en palabras de Jesús (o de otros hablantes). La predicación del Bautista que se nos transmite en Mt 3,7-10 y Lc 3,7-9 consta en ambos evangelios (en el original griego) de 63 palabras, de las cuales 62 son idénticas. El extraño inciso del discurso escatológico "entiéndelo, lector" es idéntico en Mc 13,14 y en Mt 24,15. Los ejemplos podrían multiplicarse.

3.2.3. Para una explicación de esta "coincidencia divergente"

a) Las teorías manifiestamente insuficientes.

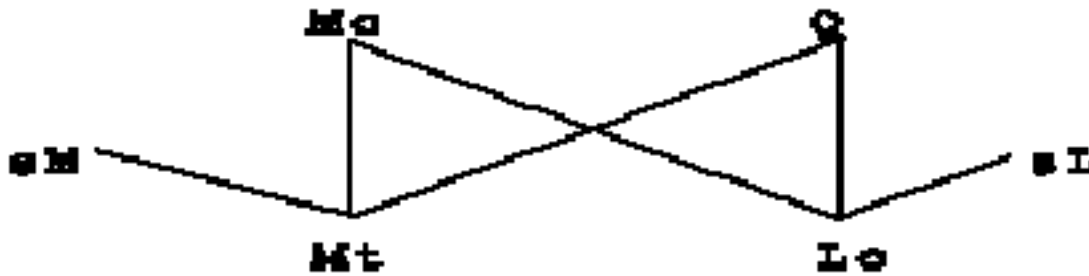
En el pasado se dieron diversas explicaciones de este hecho. Para algunos bastaría con la tradición oral común; otros pensaron en un evangelio anterior, del que dependerían los tres actuales; existió también la teoría de los "fragmentos" o bloques aislados de material homogéneo (agrupaciones de parábolas, milagros, controversias, etc) que cada evangelista hilvanó a su estilo. Actualmente, sin negar la existencia de la tradición oral ni la posibilidad de evangelios anteriores a los nuestros o de colecciones parciales homogéneas, se considera que ninguna de esas teorías explica satisfactoriamente los hechos. Estructura común, gran acervo de material común y fraseología común exigen contactos literarios más directos entre nuestros evangelios.

b) La vieja teoría de la doble fuente

Desde mediados del s.XIX se impuso la llamada "teoría de Lachmann" o de la posición central de Mc dentro de la concatenación sinóptica: cuando en materiales comunes a los tres uno se aparta de los otros dos en el orden o la fraseología, ése nunca es Mc; es decir, el orden de Mc es confirmado siempre por otro sinóptico. Hay además múltiples casos de "textos confluyentes", en los cuales la frase de Mc es la suma de Mt y Lc (v.gr. Mt 8,3 "quedó limpia su lepra"; Lc 5,13 "la lepra salió de él"; Mc 1,42 "la lepra salió de él y quedó limpio"), mientras que nunca Mt o Lc es la suma de los otros dos. Por otra parte, algunas anomalías en la secuencia de Mt o Lc sólo se explican mediante una mala (?) utilización de Mc. Finalmente, por lo general Mc es menos perfecto en lo literario, lo teológico y lo reverencial para con Jesús o los apóstoles. Consiguientemente, todo invita a ver en Mc la fuente de Mt y Lc para los materiales que los tres tienen en común.

Por otro lado, Mt y Lc parecen ser independientes entre sí. Su utilización de Mc es claramente independiente, de modo que, cuando se separan de la secuencia de aquél, nunca lo hacen por igual; es decir, Mt y Lc sólo coinciden en el orden de los materiales cuando al mismo tiempo coinciden con Mc. Por otra parte hay entre Mt y Lc contradicciones demasiado palmarias, por ejemplo en la genealogía de Jesús o en el itinerario de los relatos de la infancia. Ello implica que los 235 versículos que tienen en común y que no se encuentran en Mc han tenido que tomarlos de otra fuente, hoy para nosotros perdida; se la designa convencionalmente con la letra Q.

Finalmente, cada evangelista tiene sus materiales propios, algunos de los cuales podrían provenir también de fuentes escritas y no sólo de tradición oral. El resultado total ha dado lugar a la convencionalmente llamada "teoría de la doble fuente" (Mc + Q), puesta en circulación hace más de un siglo y actualmente complementada con la aceptación de las mencionadas fuentes propias de cada evangelista, lo que da lugar a la siguiente figura:



c) Pero la investigación actual afina más A la "teoría de la doble fuente" se le presentan actualmente una serie de pequeñas objeciones; alguien les ha llamado "fenómenos microscópicos", pero indicios de que la

génesis de los sinópticos no es tan sencilla. Cuatro pequeñas observaciones:

- "acuerdos menores" de Mt-Lc contra Mc en materiales comunes a los tres. La hemorroísa, según Mc 5,27, toca "el manto" de Jesús; según Mt 9,20 y Lc 8,44 toca el "borde del manto" de Jesús. Si se tratase de unos pocos casos semejantes, se explicarían por casualidad: Mt y Lc han coincidido al embellecer, en independencia mutua, el texto de Mc. Pero alguien ha contabilizado más de 200 ejemplos de "acuerdo menor". Ello invita a pensar que el Mc utilizado por Mt y Lc no era exactamente el que nosotros poseemos.

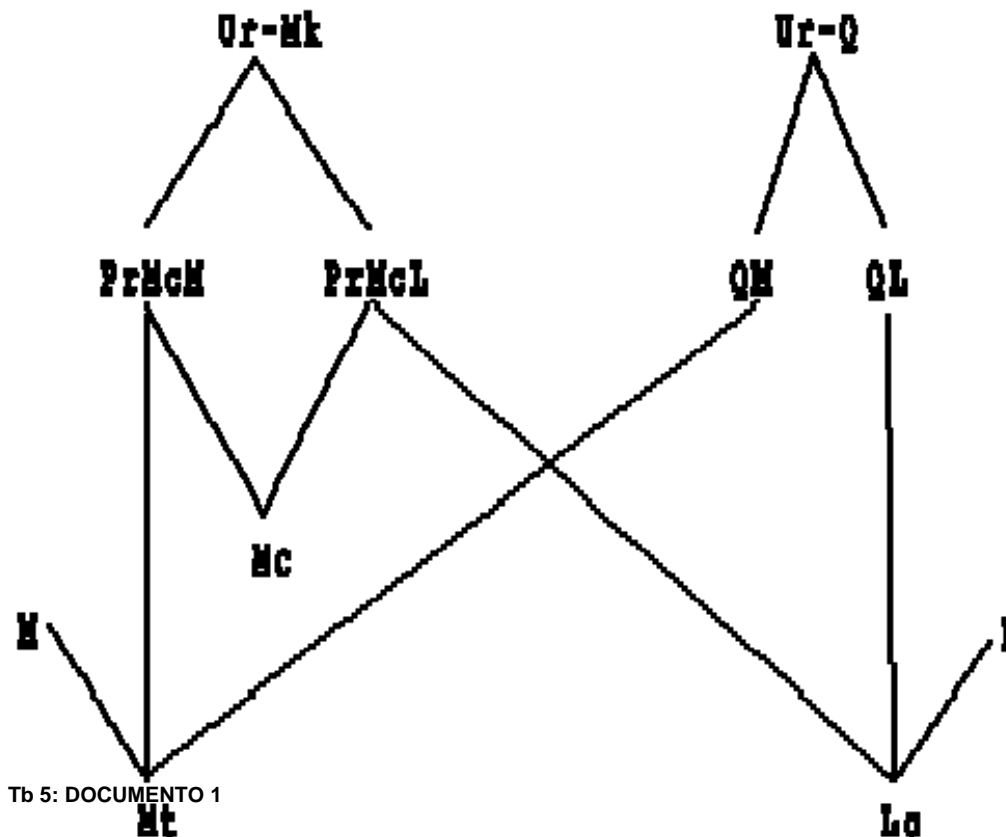
- "arcaísmos relativos". Se llama así a unos cuantos pasajes, muy pocos, en los cuales el texto de Mc está literaria y teológicamente mejor que el de Mt o de Lc. Así, frente al "por mi nombre" de Mt 19,29, tenemos el más perfecto "por mí y por el evangelio" de Mc 10,29. Ello invita a pensar que Mt utilizó un Mc más imperfecto que el actual.

- la llamada "gran omisión". De Mc 6,45-8,26, utilizado por Mt 14,22-16,12, Lc no tiene absolutamente nada; y habría sido un material interesante para él, dada la orientación de su evangelio, pues se trata de contactos de Jesús con el mundo pagano. Seguramente en el Mc utilizado por Lc no existían esos pasajes. Ello lleva a pensar que los ejemplares de Mc utilizados por Mt y Lc eran distintos. Y dado que eran anteriores a nuestro Mc, se les puede designar como protoMc, en dos versiones: PrMcM (utilizado por Mt) y PrMcL (utilizado por Lc).

- las "lecturas confluyentes". Más arriba hemos aludido a ellas; se trata de pasajes en los que el texto de Mc es la suma de Mt y Lc: Mt 16,24 "dijo a sus discípulos"; Lc 9,23 "decía a todos"; Mc 8,34 "a la multitud con sus discípulos les dijo". Se han contado hasta 106 ejemplos de esta confluencia de Mt y Lc en Mc. Todo indica que nuestro Mc es la suma de PrMcM y PrMcL.

Parece que Mc, en alguna de sus versiones responsable del orden de nuestros tres sinópticos, tiene una larga historia tras de sí. Habrá tenido una forma originaria (en campo germano se dice UrMk), de la que sucesivamente se hicieron varias copias en las que se introducían variantes (PrMcA, PrMcB, PrMcC, etc), hasta llegar a nuestro Mc que es una fusión de PrMcM y PrMcL.

Dado el modo de difundirse un texto en la antigüedad, lo más normal es que también Q haya tenido una historia semejante a la de Mc; y no es nada probable que Mt y Lc hayan usado exactamente el mismo ejemplar de esa fuente común; por ello será prudente contar con una Q primordial (UrQ), utilizada luego por Mt y Lc en dos versiones distintas: QM y QL.



Así resulta plausible el siguiente gráfico:

Esto puede darnos una idea de la "pastoral escrita" de la iglesia primitiva, y de la complejidad del proceso que llevó al resultado de que nosotros gozamos. Indudablemente Lucas tuvo razón al decir que eran "muchos" los que ya se habían propuesto una tarea semejante a la suya.

3.3. ¿Y antes de las amplias composiciones escritas? Nos lo dice Lc 1,3 y la DV 19: la transmisión por medio de la palabra hablada ("servidores de la Palabra", "comunicaron a sus oyentes").

La lectura atenta de cualquier página sinóptica nos permite observar que no se trata de una narración o exposición compacta, sino de múltiples unidades autónomas, unidas

actualmente mediante pequeñas notaciones de tiempo (e inmediatamente, después de esto, de nuevo, en sábado,...) o de lugar (en casa, yendo de camino, en el monte, junto al lago, en una aldea,...). A veces las unidades así empalmadas presentan alguna palabra o tema "grapa" (publicano-publicanos: Mc 2,14-15; tema del sábado: Mc 2,23-28 + 3,1-6). En otras ocasiones lo que tienen es una estructura común; es el caso del vestido nuevo y los odres nuevos (Mc 2,21s), o del tesoro escondido y de la piedra preciosa (Mt 13,44-46).

En esas pequeñas unidades (dichos de Jesús, anécdotas,...) se observa que constantemente se repiten esquemas semejantes o idénticos. Puede compararse con utilidad la vocación de Pedro y Andrés con la de Santiago y Juan (Mc 1,16-20), o las recomendaciones de Jesús acerca de cómo dar limosna, orar y ayunar (Mt 6,2-4; 6,5-6; 6,16-18). La investigación moderna ha realizado en muchos casos la retrotraducción de estas pequeñas unidades a la lengua aramea, lengua de Jesús y de la iglesia naciente, y ha encontrado muchos elementos de ritmo, rima, asonancias, etc. El conjunto de estas observaciones da a entender que durante la transmisión oral de las palabras y hechos de Jesús se arbitraron pequeños recursos que ayudasen a retener de memoria; probablemente ya Jesús mismo, buen maestro popular, utilizó recursos mnemotécnicos.

Algunos dichos de Jesús aparecen en contexto distinto en cada evangelio; es frecuente que el dicho de Jesús se ambiente en un contexto significativo; será con motivo del rechazo en Nazaret donde Jesús diga que "sólo en su patria y entre sus allegados el profeta carece de prestigio" (Mc 6,4); pero Juan transmite el mismo dicho privado de esa ambientación local (Jn 4,44). Lo más probable es que la mayor parte de los recuerdos de Jesús se haya transmitido de manera atomizada, como nosotros mismos hacemos en el culto: leemos un milagro, una parábola, una anécdota,... y le encontramos sentido completo sin preguntarnos qué es lo que precede o sigue en el relato evangélico.

No cabe duda: la predicación y catequesis cristiana que precedió a las redacciones evangélicas se centraba en textos muy breves, independientes entre sí, concentrados en lo esencial del mensaje ("reduciéndolos a síntesis": DV 19), y dotados de una forma que favoreciese su memorización.

La elección de un recuerdo u otro de Jesús es de suponer que no era casual, sino que obedecía bien a un ritmo progresivo en el catecumenado o en la ulterior didascalía, bien a iluminar cuestiones abiertas en una determinada comunidad, bien a ambientar determinadas celebraciones culturales de la iglesia. A todo esto han llamado los estudiosos "contextos sociológicos" (Sitz im Leben) de la transmisión de un recuerdo de Jesús.

Lo más probable es que se intentase que ese recuerdo se adecuara lo mejor posible a la situación de que se trataba, incluso introduciendo en él algunos elementos que originariamente no tenía; así es como se llegó a narrar la multiplicación de los panes (y de los peces) en los mismos términos que la institución de la eucaristía (Mc 6,41); es la "adaptación a la situación de las diversas iglesias" (DV 19). Con ello la tradición evangélica va adquiriendo progresivamente el colorido de la vida de las comunidades y se convierte para nosotros en una información histórica sobre las mismas; los evangelios en su estado actual no son solamente información sobre Jesús, sino también historia de la iglesia primitiva y testimonio de su "pastoral de la palabra hablada"

3.4. Las unidades o "formas" más frecuentes

En torno al año 1920 algunos estudiosos de renombre (M. Dibelius, R. Bultmann, etc) realizaron diversas clasificaciones de las unidades que encontramos en nuestros evangelios sinópticos. Siguiendo lo iniciado por ellos y completado por trabajos posteriores, cabe destacar ante todo dos grandes tipos de tradiciones: palabras de Jesús y narraciones sobre Jesús, además de un género mixto en que palabra y narración se combinan (apoteogmas).

3.4.1. Dichos de Jesús

a) *Destacan en primer lugar las sentencias o logia propiamente dichos.* De gran tradición en el judaísmo y en toda literatura popular; el Antiguo Testamento tiene libros enteros en que colecciona estos materiales. Jesús emplea bastantes refranes: "a cada día le basta su afán" (Mt 6,34), "si un ciego guía a otro ciego, caen los dos al hoyo" (Mt 15,14), "donde esté la carroña se reunirán los buitres" (Mt 24,28), "digno es el obrero de su salario" (Lc 10,7), etc.

b) *Palabras proféticas y apocalípticas.* Mediante ellas Jesús anuncia la venida del Reino (Mc 1,15), la hora de la salvación (Mc 13,28), con bienaventuranzas o amenazas (Lc 6,20-23), según que el hombre se abra o se cierre a la acción de Dios; aquí tienen importancia las llamadas a la vigilancia (Mc 13,33-37). En algunos casos Jesús se vale del estilo imaginativo de la apocalíptica judía de la época: "no quedará piedra sobre piedra" (Mc 13,2), las señales en el sol, luna y estrellas (Mc 13,24s), "las gentes enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje" (Lc 21,25), "el Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo" (Mc 13,26; 14,62).

c) *Sentencias legales y reglas de comunidad.* Jesús frecuentemente habla sobre la observancia judía del sábado (Mc 3,4) o sobre la normativa de pureza ritual: "no mancha al hombre lo que le entra desde fuera, sino lo que sale de su corazón" (Mc 7,15). Particularmente crítico se muestra Jesús con aspectos culturales, como la práctica del "korbán" (Mc 7,11); igualmente con la arbitrariedad con que se repudia a la mujer o se la instrumentaliza en favor del varón (Mt 5,28.32).

Una serie de enseñanzas prácticas están orientadas a regular la vida común entre los discípulos seguidores; aquí entra la invitación a ser el servidor y esclavo en vez del grande o el primero (Mc 10,43s), a no aspirar a ser el rabí del grupo (Mt 23,8), a perdonarse indefinidamente (Lc 17,4), a la corrección fraterna (Mt 18,17), etc.

d) *Dichos de autorrevelación.* En ellos Jesús habla en primera persona manifestando su misión y sus pretensiones: "no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores" (Mc 2,17), "el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo

que estaba perdido" (Lc 19,10); "el que no está conmigo está contra mí" (Lc 11,23), "venid a mí...y yo os aliviaré" (Mt 11,28). Es un material mucho más abundante en el cuarto evangelio, debido a su profunda concentración cristológica.

e) *Parábolas y material semejante*. Son los dichos más amplios que conservamos de Jesús, y se caracterizan por su forma poético-didáctica; en cuanto a contenido pueden ser también sapienciales, proféticas, de crítica al legalismo, etc. Junto con las parábolas aparecen en boca de Jesús otras muchas formas de lenguaje figurado, como metáforas (Mt 17,13: "la puerta estrecha"), comparaciones (Mt 24,7: "como el relámpago que sale del oriente, así..."), narración de ejemplos, etc.

3.4.2. Narraciones sobre Jesús

Son muy variadas en forma y extensión, y no fáciles de catalogar. Se han destacado cuatro tipos principales:

a) *Narraciones de milagros*. Se narran en total unos treinta, y son de cuatro tipos: de curación física (Mc 5,25ss: hemorroisa), de curación psíquica o exorcismo (Mc 5,1-20: endemoniado de Gerasa), de resurrección (Lc 7,11-17: el joven de Naín), y sobre la naturaleza (Mc 4,35-41: calmar una tempestad). La valoración histórica varía mucho de tipo a tipo, y de investigador a investigador; hoy nadie puede negar seriamente que Jesús realizó milagros, sobre todo curaciones; pero hay que admitir igualmente que la iglesia primitiva en algunos casos magnificó el hecho (se nota, a veces, de evangelio a evangelio un crecimiento numérico, v.gr. se pasa de un ciego -Mc 10,46- a dos ciegos -Mt 20,30- en Jericó) y tendió a asemejar los milagros de Jesús a los de personajes célebres del Antiguo Testamento y del helenismo; es el normal proceso de interpretación de la tradición.

b) *Hechos edificantes e ilustrativos* (Dibelius les llamaba "Legenden", pero no principalmente en el sentido de que no fuesen históricos, sino en el etimológico: deben leerse para dar sentido a determinadas celebraciones y conmemoraciones). Es un género muy amplio, que abarca desde la circuncisión de Juan o de Jesús (Lc 1,59ss; 2,21) hasta la entrada de éste en Jerusalén (Mc 11,1-11), pasando por la confesión de Pedro (Mt 8,27-30) o la unción en Betania (Mt 14,3ss).

c) *Hechos de índole sobrenatural* (los "mitos" de M.Dibelius). Aquí se enumeran aquellos pasajes en los que intervienen personajes extramundanos: bautismo de Jesús, tentaciones, transfiguración, anunciaciones y aparición de ángeles en los evangelios de la infancia, apariciones del Resucitado. Se trata de relatos teológicamente muy elaborados, especialmente desde el recurso al Antiguo Testamento, y en los que la confesión de fe de la iglesia ocupa el lugar principal.

d) *Relatos de la pasión*. Son los pasajes más concatenados que se encuentran en el evangelio; pero tampoco se trata aquí de una historia continuada: bastantes unidades podrían sacarse de su contexto sin que perdiesen su significado propio y sin privar de sentido al conjunto (de hecho en Jn no hay "oración del huerto", ni en Mt y Mc una comparecencia de Jesús ante Herodes). Ello indica que también la pasión se compone de piezas autónomas. El conjunto de la narración ha crecido constantemente con referencias interpretativas a los poemas del Siervo de Yahvé, al Salmo 22 y a otros pasajes veterotestamentarios.

3.3. Unidades mixtas (apoteogmas, según Bultmann; paradigmas, según Dibelius).

Son el género que más abunda en los sinópticos; se trata de un dicho de Jesús enmarcado en un pequeño relato, o - expresado de otro modo- de un relato que culmina en un dicho de Jesús; el dicho será sapiencial, profético, legal, de autorrevelación, según lo visto más arriba. Se distinguen tres tipos principales de apoteogma:

3.3.1. Apoteogmas de conflicto.

Una acción de Jesús o de los discípulos provoca un diálogo con enemigos que permite a Jesús pronunciar una máxima de peso. Es el caso de la curación con perdón de pecados (Mc 2,1-12), o de las espigas arrancadas en sábado (Mc 2,23-28); ambos dan lugar a un dicho de autorrevelación: "el Hijo del Hombre tiene poder..., es señor....".

3.3.2. Apoteogmas instructivos o diálogos de escuela.

En ellos Jesús no combate a enemigos, sino que enseña a sus discípulos o a gente de buena voluntad que se le acerca. En ellos la narración está reducida al mínimo. Es el caso de la instrucción sobre el mandamiento más importante (Mc 12,28-34), o sobre el reparto de la herencia y el peligro de la avaricia (Lc 12,3s).

3.3.3. Apoteogmas biográficos.

No siempre claramente separables de los dos tipos anteriores, en ellos, sin embargo, suele haber más escena. A esta clase pertenecen las vocaciones de los cuatro primeros discípulos (Mc 1,16-20), las anécdotas sobre Jesús y su familia (Mc 3,20s; 3,31-35), su no aceptación en la sinagoga de Nazaret (Mc 6,1-6).

En los apoteogmas el suceso y el dicho de Jesús no siempre están íntimamente soldados, de modo que a veces pudiera tratarse de fusión secundaria de unidades originariamente independientes. Eso puede sospecharse de la curación y perdón de pecados en Mc 2,1-12, donde la admiración final ("se quedaron admirados y alababan a Dios...") se adecua a los que han acercado al tullido, pero no a los derrotados escribas.

La redondez de cualquiera de los dichos o narraciones enumeradas hace entrever que han tenido vida independiente, sin lazos cronológicos o topográficos con un contexto más amplio; el fenómeno no es distinto del actual uso litúrgico o catequético, en el que la comunidad cristiana reflexiona u ora en torno a un pasaje sin excesiva preocupación por lo que le precede o le sigue en la actual trama redaccional.

Según el tema, cada recuerdo de Jesús habrá sido utilizado predominantemente en un contexto sociológico u otro de la iglesia primitiva, intentando que ilustrase interrogantes, solucionase problemas, iluminase situaciones; con ello fácilmente esa misma situación termina influyendo sobre lo narrado, que adquirirá el colorido de esa misma situación.

Seguramente que la multiplicación de los panes se recordaba preferentemente en la eucaristía; y terminó por narrarse ella misma como una eucaristía (Mc 6,41). Por este procedimiento, la tradición sobre Jesús acabará convirtiéndose también en tradición sobre la iglesia; los evangelios ofrecen una valiosa información sobre la vida de las primeras comunidades. La Constitución Dei Verbum dice que los evangelistas "adaptaban a la situación de las diversas iglesias" la tradición a la que tuvieron acceso (DV 19). Todo aconseja suponer otro tanto para la predicación que los precedió. Por un normal progreso de la tradición, lo semejante se habrá ido atrayendo con lo semejante, dando lugar a pequeñas colecciones basadas en la unidad de tema o en la semejanza formal. Es el caso de las parábolas del vestido nuevo y vino nuevo (Mc 2,21s), o el de las más amplias colecciones de controversias (Mc 2,1-3,6), de parábolas (4,1-34), o de milagros (Mc 4,35-5,43), que muy probablemente existieron ya como cuerpo antes de ser incluidas en un evangelio seguido (serían los "fragmentos" de que hemos hablado más arriba). Con la redacción de estas colecciones se pone en marcha el largo proceso literario que desembocará en nuestros evangelios.

3.4. La tradición sobre Jesús es anterior a la iglesia.

Una corriente crítica respecto del origen de los evangelios postulaba una gran capacidad creadora para las primeras comunidades cristianas, las cuales darían origen y desarrollo a una predicación sobre Jesús prácticamente desvinculada de su vida y actividad profético-mesiánica.

Actualmente se matiza mucho esa propuesta; ciertamente las comunidades cristianas van seleccionando e interpretando, mediante nuevas formulaciones, sus recuerdos de Jesús, haciéndolos lo más útiles posible a su espiritualidad y predicación ("adaptándolo a la situación de las diversas iglesias" decía la DV 19). Pero hay que contar con dos observaciones muy importantes:

-el grupo, o la "masa", como tal no crea, sino que proporciona el medio sociológico-cultural adecuado y el medio receptivo para las creaciones de los genios o "excelencias".

-por lo que se refiere a las primeras comunidades cristianas, no se las puede separar de los grupos de seguidores históricos de Jesús, sino que entre unas y otros se da una continuidad sociológica. Las comunidades postpascuales son las mismas prepascuales o, al menos, están reunidas en torno a quienes conocieron y siguieron a Jesús, lo cual supone un notable freno o control frente a la libre "creación" de materiales cristológicos independientes de la historia vivida.

Pero hay que contar incluso con que ya en tiempo de Jesús se formó tradición sobre él. En torno a él se formaron grupos de seguidores y de simpatizantes, actitud que los hace especialmente receptivos para con su mensaje y con los rasgos fundamentales de su persona. Incluso gentes que no están integradas en su grupo se cuestionan si no será el Mesías esperado (Mt 11,3), o alguno de sus precursores: Elías, o el Bautista redivivo, o uno de los antiguos grandes profetas (Mc 6,14-16; 8,27s).

Cuando se nos habla de uno que viene a pedirle la curación de su hijo (Mc 9,17), se está indicando que existen rumores sobre sus milagros; cuando alguien viene a hacerle preguntas de tipo religioso, incluso con la confesión previa de que "sabemos que eres veraz" (Mc 12,14), es porque se tiene noticia de su doctrina.

Los discípulos seguidores, con el paso de los días, van acumulando datos en sus mentes y en sus corazones; aun sin formular, tienen que preguntarse una y otra vez por los motivos para continuar en su extraño género de vida, en itinerancia, seguimiento y desarraigo. Los maestros orientales, incluidos los rabinos, solían repetir mucho algunas sentencias o criterios, que los discípulos van reteniendo aun sin quererlo. Se impone admitir algo semejante para Jesús y sus discípulos.

Jesús, por otro lado, en más de una ocasión envía a sus discípulos en misión por pueblos y aldeas; es indispensable que les proporcione un bagaje, siquiera elemental, de contenidos: quizá llamadas a la conversión, pequeñas parábolas, alguna sentencia ética, etc. Estos enviados se hospedarán en casas de simpatizantes de Jesús (por eso no llevan equipamiento; cf. Lc 9,3), quienes tendrán su normal curiosidad acerca de lo que hace y dice el maestro cuya predicación en algún momento los ha cautivado. Los enviados tendrán que narrar sobre Jesús.

Los oyentes nuevos preguntarán a los misioneros quién los envía y es garante de su predicación; inesperadamente se encontrarán los discípulos haciendo una elemental "cristología", explicando rasgos del Maestro, temas de su predicación, signos de su autoridad y motivos que justifiquen el seguimiento. Es la ocasión de verbalizar y explicitar lo mucho que llevan implícito.

Cuando los discípulos están con Jesús, es él quien dirime las posibles diferencias o tensiones entre ellos, sin duda mediante máximas referentes a la convivencia y fraternidad, a no tener pretensiones de superioridad, etc (cf Mt 23,8). Cuando Jesús no esté con ellos, serán ellos mismos quienes traigan a colación lo que el Maestro más de una vez les ha dicho. Se da ahora forma verbal, la misma que daba el Maestro u otra semejante, a lo que ha ido calando en sus mentes y corazones.

Se puede afirmar con seguridad que, ya en vida de Jesús se va formando un amplio acervo de tradición sobre él y su mensaje, tradición un tanto amorfa, dispersa y asistemática, pero rica y sólida. En continuidad con ella crecerá la tradición jesuana postpascual, los testigos oculares -y con ellos quizá otros muchos- se convierten en "servidores de la Palabra" (Lc 1,2), transmitiendo hechos y dichos de Jesús "con la mayor comprensión que les da la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad" (DV 19), con lo que se pone en marcha el complejo proceso de tradición oral y escrita que desembocará en nuestros evangelios. El ministerio de la Palabra es, por tanto,

el rasgo esencial de la iglesia naciente, tanto que el libro de los Hechos identifica el crecimiento de la iglesia con el crecimiento de la Palabra: "la Palabra de Dios crecía y el número de discípulos se multiplicaba" (Hch 6,7; cf.12,24).

3.5. El trabajo redaccional de los evangelistas.

Nos situamos ahora en el último estadio de la composición de los evangelios y los contemplamos en lo que podríamos llamar su forma "horizontal", es decir, dejamos el largo proceso de formación de tradiciones y escritos previos y prestamos atención al trabajo de los escritores o evangelistas. Todo escritor se traza un esquema, un plan, de acuerdo con el propósito que dirige su trabajo. Es el esquema el que nos permite conocer la mentalidad e inquietudes del autor.

3.5.1. Frente al análisis morfocrítico

En torno a 1920, los maestros de la "Historia de las Formas" (K.L.Schmidt, M.Dibelius, R.Bultmann) veían en los evangelistas casi puros coleccionistas de "fichas" aisladas, alineadas una tras otra sin a penas orden o propósito alguno. Sin embargo, ya en 1901 Wilhelm Wrede había percibido en el evangelio de Marcos una construcción cristológica (teoría del "secreto mesiánico") en orden a dar respuesta a un supuesto serio cuestionamiento existente en su comunidad. Por este motivo, el evangelista habría esparcido por el evangelio la prohibición de narrar los milagros de Jesús (por ej. Mc 1,44: "mira, no digas nada a nadie"). Aun cuando esta teoría tenga aspectos cuestionables, Wrede tiene el acierto de ver en Marcos un verdadero autor, con una tesis propia en atención a las necesidades de una determinada comunidad; ésta es una aportación definitiva, a la que ahora se presta atención creciente.

El análisis literario y teológico de cada evangelio pone de relieve que su autor tiene una personalidad propia, un estilo, un pensamiento y un programa pastoral. Todo el material que la tradición le ofrece es ahora utilizado en función de ese programa y ese pensamiento, y redactado desde unos determinados gustos y capacidades estilísticos, dando lugar a una obra orgánica y coherente. Técnicamente se habla de la redacción como utilización del material en una "tercera situación vital"; la primera estaría en la actividad de Jesús, la segunda en la tradición (oral y escrita) de la iglesia. Ahora se da un nuevo contexto.

3.5.2. Unas observaciones introductorias

No parece casual el hecho de que en Mc 1,1 se ponga como título de la obra "buena noticia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios" y que hacia el centro del evangelio (Mc 8,29) Pedro diga a Jesús "Tú eres *el Cristo*" y al final del libro el centurión romano exclame "verdaderamente este hombre era *Hijo de Dios*" (Mt 15,39); está claro que Marcos se propone un plan y lo realiza. Otro tanto hay que reconocer en Mateo, que reúne los dichos de Jesús en discursos monotemáticos, al final de los cuales va poniendo la fórmula "cuando Jesús terminó estos discursos" (Mt 7,28; 19,1; cf 11,1; 13,53), y como conclusión del último discurso dice "cuando Jesús terminó *todos* estos discursos" (26,1). En él es igualmente significativo que en el primer capítulo hable de Jesús como el Dios *con nosotros* (Mt 1,23) y como conclusión de su evangelio presente a Jesús afirmado "yo estoy *con vosotros* hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). No menos significativa es la observación de que Lucas, en su doble obra (Evangelio y Hechos), realiza un paralelismo estrechísimo entre la peripecia de Jesús y la de Pablo; o el hecho de que en el martirio de Esteban resuenen los principales dichos de Jesús durante la pasión: "Jesús a la derecha de Dios" (Hch 7,55; cf. Lc 22,69), "recibe mi espíritu" (Hch 7,59; cf Lc 23,46), "no les tengas en cuenta este pecado" (Hch 7,60; cf. Lc 23,34).

Estos detalles y otros muchos semejantes nos permiten ver en cada evangelio una obra verdaderamente compacta y coherente, a pesar de la atomización en que parece se transmitieron las unidades tradicionales. Los evangelistas han sabido organizar en un todo significativo lo que les llegó en forma fragmentaria y dispersa; éste es su gran mérito.

3.5.3. Principales procedimientos redaccionales

a) Ante todo, cada evangelista ha realizado una *selección* en el material que la tradición le proporcionaba:

"Escogiendo datos de la tradición oral o escrita" (DV 19). Es el cuarto evangelista el que alude a lo mucho que omite; pero sin duda no es él el único. Se observa por ejemplo cómo en Lucas faltan los detalles que puedan redundar en desdoro de Jesús, v.gr. su ira en la sinagoga de Cafarnaún (Lc 6,10; cf. Mc 3,5) o para con el leproso ya curado (Lc 5,13; cf Mc 1,43); parece omitir igualmente lo que pudiera ir contra los apóstoles; no conoce el desacuerdo de Pedro con que Jesús haya de padecer ni la consiguiente reprensión de Jesús a Pedro (Lc 9,22; cf. Mc 8,32s; Mt 16,22s) o los errores de los parientes de Jesús de Mc 3,21. Ciertamente el hecho de no conocer con total exactitud las fuentes que los evangelistas han utilizado no nos permite total seguridad respecto del material que hayan desechado, pero la ausencia en Mt o Lc de un material presente en los otros dos lleva a la sospecha razonable de una omisión intencionada.

b) Cada evangelista ha realizado igualmente una *estructuración* peculiar del conjunto, ha sabido dar a su evangelio una forma armónica y generalmente relacionada con el mensaje que se propuso transmitir. El orden general es común a los tres sinópticos: Infancia de Jesús (Mt y Lc), Jesús y el Bautista, las tentaciones, prolongado ministerio de Jesús en Galilea, viaje a Judea y Jerusalén con motivo de la pascua, ministerio allí, conclusión de todo con la pasión-muerte-resurrección. Seguramente fue la primera redacción de Marcos la responsable de esta estructura general que luego heredaron los tres sinópticos. Pero esta organización general deja bastante margen para las peculiaridades de cada evangelista.

No parece casual que Mt, con su insistencia en el tema del Reino de los cielos, sitúe la gran colección de parábolas en el centro de su evangelio. Su organización de los dichos de Jesús en cinco grandes discursos es magistral. Llama la

atención que el sermón del monte, presente en Mt y Lc, tenga tan distinta extensión: 90 versículos en Mt y sólo 30 en Lc. Una lectura precipitada se preguntaría por qué no incluye Lc el Padre Nuestro o las encarecidas exhortaciones a la confianza en el sermón del monte, cosa que realiza Mt con tanto acierto. Pero leyendo a Lc con mayor atención se percibe que también él ha sabido muy bien dónde colocaba estas piezas, ya que él tiene un pequeño catecismo sobre la oración (cap.11) y otro sobre la confianza en la providencia (cap.12), que no se encuentran en Mt.

A Mt las dos curaciones de ciego (en Betsaida, cap.8; y en Jericó, cap.10) le sirven de auténticas columnas para sostener su gran construcción: a Pedro se le abren los ojos para que reconozca a Jesús como mesías (Mc 8,29) y a Bartimeo para le siga en el camino de la pasión (Mc 10,52), frente a Pedro y los doce que por tres veces aparecen opuestos a la vía dolorosa. El descubrimiento de técnicas organizativas en los evangelios es incesante; y ya no es fácil hablar de evangelistas hábiles y evangelistas ineptos o descuidados; todos se merecen el título de auténticos artistas.

c) Otro procedimiento redaccional ha sido el de *acomodaciones*. No es infrecuente que un evangelista modifique el texto que le llega para hacerlo responder mejor a su intención. La parábola de la oveja perdida tiene distinta conclusión en Lc (15,7) y en Mt (18,14), signo de la inquietud misionera del primero y de las preocupaciones pastorales (incluso por el más insignificante de la comunidad) del segundo.

Dada la pérdida de vista de la parusía en la que parece moverse Lc, es normal que en la respuesta de Jesús al sumo sacerdote (Lc 22,66) no hable de la venida del Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo (contra Mc 14,62 y Mt 26,64). Esta perspectiva de una larga duración de la historia lleva a Lc igualmente a pedir en el Padre Nuestro pan para "cada día" (11,3; contra el simple "hoy" de Mt 6,11), o a exhortar a los creyentes a que tomen su cruz "cada día" (Lc 9,23; contra Mc 8,34 y Mt 16,24). Es llamativo que la introducción a la transfiguración hable de "seis días" en Mc 9,2 y Mt 17,1 y de "ocho días" en Lc 9,28 (¿una alusión a Moisés en Ex 24,15s que Lc no entendió y que prefirió sustituir por el domingo cristiano -cf. Jn 20,26-?).

d) De gran importancia son los *enmarques particulares*, es decir, el lugar o contexto en que cada evangelista sitúa las tradiciones que le llegan; la contextualización es el gran medio de interpretación. El dicho de Jesús referente al que camina con su adversario a donde el juez es en Mt 5,21 una simple llamada a la reconciliación de miembros enemistados en la comunidad cristiana, debido a su situación en el sermón del monte; en cambio Lc 12,58, por su conexión con el tema de los signos de los tiempos, convierte al mismo dicho en una exigencia de optar por Jesús, de dar el salto de la fe.

El difícil dicho de Jesús "no me veréis hasta que digáis bendito el que viene en nombre del Señor" tiene en Mt 23,39 un sentido escatológico, mientras que en Lc 13,35 se refiere simplemente a la entrada de Jesús en Jerusalén. El cambio de significado se debe simplemente a que Mt lo sitúa en el último discurso de su evangelio que supuestamente Jesús predica después de su entrada en Jerusalén, mientras que Lc lo coloca en el camino de Jesús hacia la ciudad santa.

La comparecencia de los seguidores de Jesús ante gobernadores y reyes para ser juzgados forma parte en Mt 13,9 de las tribulaciones del fin del mundo, mientras que en Mt 10,18 forma parte de las persecuciones que sufrirán los misioneros durante su ministerio.

En este punto de la contextualización tienen especial importancia las conexiones hermenéuticas. No parece casual que en Mt 3,21-35 la discusión de Jesús con los escribas (3,22-30) esté flanqueada por dos anécdotas acerca de la incompreensión de Jesús por su familia (3,21.31-35); parece que Mt quiere situar a los parientes de Jesús entre sus enemigos, al nivel de los escribas.

Un procedimiento semejante se observa en Mc 11,12-21: la visita de Jesús al templo de Jerusalén se contextúa en la historia de la higuera estéril que acaba secándose. Para el embarazante dicho sobre los "aquí presentes que no morirán antes de ver venir el Reino de Dios con poder", Mc 9,1 ha ofrecido a toda la tradición sinóptica el recurso de emergencia de colocarlo como introducción al relato de la transfiguración (cf Mt 16,28; Lc 9,27), con lo que ha dado una interpretación muy personal a un pasaje que el mero contexto escatológico que lo precede era incapaz de hacer plena justicia.

3.5.4. Resultado de este trabajo redaccional

La tradición sobre Jesús no nos llega ya en la sucesión cronológica o topográfica en que nació, sino en el lugar en que la han colocado los evangelistas. Ellos han creado un marco redaccional que ya no es, sin más, el marco biográfico de la actuación de Jesús. En la nueva organización, los evangelistas han querido dar significatividad a los materiales -frecuentemente sin contexto seguro- que les ofrecía la tradición, para lo cual han tenido que realizar un gran trabajo de articulación, agrupación e incluso pequeñas modificaciones del material ya formado.

Debido a este trabajo de reelaboración, intenso y variado, ninguno de los evangelios se identifica con "el evangelio", quizá ni siquiera los cuatro evangelios sumados nos proporcionen la totalidad del evangelio. Ha sido acertado el uso de la iglesia al designar estas composiciones con la expresión "evangelio según ...". Mateo, Marcos y Lucas han compuesto cada uno su obra teológica, basándose en una historia vivida por Jesús y los discípulos y transmitida en la larga catequesis prerredaccional, pero yendo más allá de esa pura historia, interpretándola en profundidad y ofreciéndola en términos útiles a sus respectivas iglesias.

4. ¿SON LOS EVANGELIOS HISTÓRICAMENTE FIABLES?

Después del recorrido que hemos realizado la pregunta resulta insoslayable. ¿Nos servirán todavía los evangelios para conocer la historia de Jesús? La respuesta tiene que ser muy matizada, sin soluciones simplistas. Más arriba

hemos visto que los evangelios son una originalísima combinación de historia y doctrina teológica, que no puede reducirse a uno sólo de esos elementos; siempre seguirán siendo historia, pero nunca pura historia; y siempre teología, pero nunca pura especulación.

4.1. Las "vidas de Jesús" ya se terminaron

En otros tiempos se compusieron pretendidas biografías de Jesús basándose en los evangelios (en realidad, las únicas fuentes en que podían basarse, pues las informaciones no cristianas son irrelevantes). Actualmente es firme la convicción de que eso es imposible. Los evangelios no nos proporcionan la imprescindible cronología, ni topografía, ni ambientación histórico-cultural, ni la más elemental concatenación entre los diversos episodios, como para poder elaborar, a partir de ellos, la biografía de Jesús según las exigencias actuales del género.

Entre los evangelistas hay contradicciones respecto de tiempos y lugares. La unción de Jesús por una mujer mientras está a la mesa en casa de Simón sucede según Mc y Mt en Betania (Judea), hacia el final del ministerio de Jesús; en cambio Lucas la sitúa en Galilea, relativamente pronto dentro del ministerio de Jesús. Ya hemos visto también cómo diversos elementos de la predicación de Jesús tienen una ubicación notablemente distinta en los distintos evangelistas, lo cual lleva a muy diversas interpretaciones del material en cuestión sin que, en muchos casos, podamos dilucidar cuál sea la más primitiva.

El marco de la actividad de Jesús que ha quedado en la tradición sinóptica, seguramente creación de Mc en alguna de sus redacciones, está muy simplificado, y no concuerda con el que se impuso en la tradición joánica. Hoy por hoy carecemos de criterios para aceptar uno de ellos como válido (hay una cierta preferencia por el de Jn).

Dada la complejidad del proceso de transmisión de la tradición evangélica, no puede ya utilizarse el viejo criterio apologético de que los autores de los evangelios fueron testigos directos o casi directos de lo que narran y que dieron su vida por defenderlo. Los agentes fueron muchos, las circunstancias fueron muy variadas y en un período más bien largo, y el objetivo no era la transmisión mecánica de hechos y dichos del Maestro, sino su utilización en la vida de la comunidad.

4.2. Lo que nos llega ha pasado por "muchas manos"

Cada evangelista ha hecho suyo lo que le llegó, incorporándolo al contexto que le pareció más útil o conveniente y sometándolo a su estilo literario. Pero ya previamente las diversas unidades habían sido utilizadas en la predicación y catequesis para inculcar determinados criterios o resolver determinados problemas, intentando que respondiesen lo mejor posible a los mismos y adquiriendo así el colorido de esas comunidades. Es de suponer que los seguidores de Jesús no prestaron la misma atención a todo lo que decía o hacía el Maestro ni que hayan retenido todo con la misma invariabilidad. Se sabe que tanto los discípulos de los profetas como los de los rabinos sentían una cierta libertad, aunque limitada, para comentar o "targumizar" los dichos de sus maestros.

4.2.1. Procesos a que la tradición ha sido sometida.

En conjunto hay que contar con que las palabras y hechos de Jesús pasaron por un triple proceso de transformación:

a) Selección y reselección. Basta tener en cuenta lo poco que nos ha quedado. Aunque no sabemos con certeza cuánto duró el ministerio de Jesús, no puede razonablemente dudarse de que algo más de un año; ahora bien, los recuerdos que poseemos de sus dichos y hechos quizá pudieran caber en dos semanas. Los evangelistas suprimieron lo que no ayudase especialmente a sus tesis teológicas. En las catequesis comunitarias se fue olvidando insensiblemente lo que no fuese útil a la problemática vivida en el momento. Ya el hecho pascual dejó sin importancia todo lo que no tuviese sentido religioso.

b) Formulación y reformulación. Así es como se ha llegado a esquemas implacablemente rígidos y estilizados. La misma falsilla sirve para la parábola del tesoro y de la perla (Mt 13,44s), para la del vestido y el vino (Mc 2,21s), para exhortar a la limosna, la oración y el ayuno (Mt 6,1-18). Un mismo esquema, con poquísimas variantes, se utiliza para narrar las curaciones realizadas por Jesús o las llamadas a seguidores (comparar Mc 1,16-18 con 1,19s).

La retrotraducción al arameo de dichos de Jesús descubre en ellos recursos mnemotécnicos de ritmo, rima, etc, que, si bien en algunos casos pudieron ser utilizados ya por Jesús mismo, es normal que se hayan generalizado en la actividad catequética de la iglesia, preocupada por la repetición y la retención.

La traducción de los materiales de la lengua aramea a la griega supuso una reformulación de todo; y hay que contar con que no habrá sido traducción fácil, dada la diferencia abismal entre ambas lenguas. Y cada evangelista, con sus preferencias lexicográficas y estilísticas y con su peculiar formación literaria, ha dado a la tradición una forma nueva.

c) Interpretación y reinterpretación. El concilio Vaticano segundo (DV 19) dice que los apóstoles predicaron los dichos y hechos de Jesús "con la mayor comprensión que les daba la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad". Después de Pascua, las que fueron palabras y obras de un gran profeta o rabino se convierten en palabras y obras del Mesías y del Hijo de Dios, con lo que adquieren una autoridad nueva y una especial profundidad de significado para el grupo creyente.

Dichos sueltos, expuestos a múltiples interpretaciones, van adquiriendo una principal debido al contexto en que se los incluye. Anécdotas susceptibles de simbolización, la recibirán bastante pronto; así el hecho de que Jesús acaricie a los niños (Mc 10,13) se entenderá como que los admite a los sacramentos (cf. Mt 19,13: "imponerles las manos y orar sobre ellos") y la curación del ciego de Betsaida (Mc 8,22-26) será interpretada como curación de la ceguera de los discípulos (Mc 8,16s) que ya van a entender a Jesús como Mesías (8,29).

El gran medio de interpretación de que dispone la iglesia primitiva es el recurso al Antiguo Testamento. Se realiza un gran esfuerzo por mostrar que en Jesús se cumplen las promesas y que él supera a los grandes personajes del pasado. En Mt 2 Jesús es comparado especialmente con Moisés, ya que ambos escapan por casualidad a la matanza ordenada por un rey cruel; Moisés y el éxodo son evocados especialmente en la narración de la multiplicación de los panes (Mc 6,30-44). En este último episodio el cuarto evangelista intenta relacionar a Jesús con Eliseo (Jn 6,9; 2Re 4,42).

4.2.2. Momentos y consecuencias de este proceso.

Momentos especialmente importantes en estos procesos de selección, formulación e interpretación de lo transmitido han sido la experiencia pascual, la traducción a la lengua (¡y cultural!) griega, la utilización constante en la catequesis y otros ámbitos de la vida eclesial, y la fijación por escrito en las quizá múltiples redacciones.

A la vista de ello hay que afirmar que toda la tradición sobre Jesús ha recibido un auténtico "tratamiento" eclesial. Sería un error acercarnos al texto evangélico ignorando que es el resultado de un prolongado trabajo de reflexión sobre la persona y ministerio de Jesús. Es lo que, recientemente, ha dado a entender la Pontificia Comisión Bíblica al calificar de fundamentalista la confusión ingenua del plano histórico (vida de Jesús) con el literario (obra de los evangelistas), ya que "descuida un dato importante: el modo como las primeras comunidades cristianas han comprendido el impacto producido por Jesús de Nazaret y su mensaje" (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. PPC, 1994; p.69).

4.3. Criterios para la valoración histórica

El aprecio por el trabajo teológico de los evangelistas y de la actividad eclesial que los precedió no debe llevar al desinterés por el sustrato histórico del que parten; tal desinterés nos haría gnósticos docetas, olvidados de que la salvación se nos da desde fuera, en hechos históricos que constituyen el origen irrenunciable del cristianismo. El mensaje evangélico es mucho más que ideas, es reflexión sobre una historia que nunca se pierde de vista: "el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros" (Jn 1,14). Sólo este humus histórico de obligada referencia hace legítima la reflexión teológica cristiana.

4.3.1. Un criterio general de valoración histórica positiva

Éste debe ser el reconocimiento de que las primeras comunidades cristianas no son grupos acéfalos o amorfos, en los cuales puedan tolerarse cualesquiera especulaciones o excrecencias sobre el Jesús en quien creen. Al frente de ellas están los antiguos seguidores de Jesús, aquellos que dos veces (cuando fueron llamados por el Jesús terreno y cuando fueron recuperados por el Resucitado) han dejado todo por seguirle, afectivamente muy vinculados a él, y que en modo alguno pueden permitir que se le desfigure. Y en la siguiente generación será muy importante el haber estado con testigos de primera hora y cuyo testimonio hay que conservar.

Ello no implica que no se den ya algunas transformaciones y acomodaciones; pero ellas no son, sin más, corrupciones de la tradición, sino, en muchos casos, explicitaciones necesarias para que no se pierda su espíritu. Por ejemplo, Jesús en Palestina se opuso a la disolución del matrimonio prohibiendo que el varón repudiase a la mujer (cf. Mt 5,32; Lc 16,18); pero en Roma existía también la posibilidad de que la mujer rompiera el matrimonio repudiando al marido, por lo cual Mc 10,12 ha completado y actualizado la palabra tradicional de Jesús en orden a ser fiel a su pensamiento. Ello significa que inautenticidad material o literal es perfectamente compatible con autenticidad de contenido, o quizá incluso necesaria para salvar la intención original.

4.3.2. En el último medio siglo se han ido elaborando también algunos criterios particulares

De ellos el más importante es el de diferencia o discontinuidad. Según este criterio, es indiscutiblemente auténtico de Jesús lo que no puede derivarse del judaísmo de su tiempo o es contrario a los intereses de la iglesia. No puede derivarse del judaísmo el trato de Jesús con los pecadores, la ya aludida prohibición del repudio y divorcio, su modo de orar llamando a Dios Abbá (=papá), etc. No responde a los intereses de la iglesia el que Jesús pase por la tentación, sea bautizado con los pecadores por Juan, muera en una cruz y con un dicho de desesperación, se equivoque en cuanto a la fecha de la parusía o sencillamente la ignore, ... Tampoco es del gusto de la iglesia que los discípulos de Jesús se tengan envidia o no le entiendan, que uno de ellos le traicione, que Pedro no entienda lo de la pasión y Jesús tenga que llamarle Satanás,...Por este criterio se adquiere un amplio suelo histórico sobre el cual construir el gran edificio del pensamiento cristiano.

Tiene también importancia el criterio de testimonio múltiple, según el cual tiene buenos visos de ser histórico lo que nos llega por testigos varios e independientes. Es el caso de la cena pascual, transmitida por los sinópticos y por Pablo (1Cor 11); de la multiplicación de los panes, transmitida por los sinópticos y por Jn; de la prohibición absoluta del divorcio, transmitida por los sinópticos y por Pablo (1Cor 7); la autoridad para perdonar o retener (=atar o desatar), transmitida por Mt 18,18 y Jn 20,23.

Un tercer criterio particular de interés es el de conformidad o coherencia con el ambiente religioso y socio-cultural en que vivió Jesús, tal como nos es conocido por la historia, arqueología y literatura. Por este criterio adquieren especial verosimilitud los dichos o acciones de Jesús en relación con el templo, con la división entre puro e impuro, con los diversos grupos religiosos del momento; etc. La crítica de Jesús a la práctica del "korbân" (Mc 7,11) o a las diversas valoraciones del juramento (cf. Mt 23, 18ss: por el templo, el oro, el altar, la víctima) se adecua muy bien a aquel ambiente y no es fácil de explicarse como creación de la iglesia.

La coherencia es exigible también en relación con la enseñanza o actitudes fundamentales de Jesús. Su praxis de comer con pecadores se adecua a su mensaje sobre el Dios de la misericordia; en este campo sus palabras y acciones se complementan e interpretan mutuamente.

Emparentado con el criterio de coherencia está el de antigüedad (que algunos llaman indicio) o lingüístico. Aunque no es imposible que Jesús haya sabido algo de griego, en principio hay que contar con que su lengua habitual era el arameo, y en ésta deben haberse transmitido inicialmente sus dichos y sus recuerdos. En la tradición evangélica nos han llegado bastantes expresiones en arameo, y también muchos textos en griego pero cargados de aramaismos que denotan que se trata de una traducción. Esto nos acerca igualmente al medio en que vivió Jesús.

4.3.3. Hay finalmente otra serie de criterios, llamados derivados o mixtos que prestan buena ayuda a la hora de descubrir la auténtica historia evangélica

Entre ellos destaca el llamado criterio de explicación necesaria, criterio genérico pero no por ello menos utilizable. Es el caso de las controversias de Jesús, sumamente verosímiles a la luz del desenlace de su carrera terrena; o de algunos dichos sobre su autoridad personal, en total coherencia con su crítica a la ley, con el hecho indiscutible del seguimiento y con la oposición por parte de las autoridades.

Aquí entra también el criterio de la interpretación diversa con acuerdo en el fondo, criterio muy utilizado en la investigación histórica y en la praxis judicial. Es el caso de las bienaventuranzas, de las que Lucas subraya el alcance social y Mateo el sentido moral. La multiplicación de los panes está en Juan totalmente al servicio de la cristología, sólo el discurso del pan de vida que viene a continuación le da sentido sacramental; en cambio en Marcos destacan mucho más sus semejanzas con la última cena y también el papel de los discípulos en cuanto guías y servidores de la comunidad; esta insistencia en lo sacramental y ministerial hace que el relato de Marcos sea más eclesiológico que el de Juan.

Entre los criterios mixtos suele contarse también la inteligibilidad interna del relato, que en realidad suele agrupar testimonio múltiple, conformidad, y, a veces, algunos otros indicios. Es el caso de la historia de la pasión, en el que todos los evangelistas coinciden en que el origen está en la hostilidad de los jefes de Israel contra Jesús pero el que le condena a muerte es el gobernador romano; datos aparentemente paradójicos, que los evangelistas saben explicar mediante algunos detalles del desarrollo del proceso.

4.4. Los resultados de la investigación histórica

Los criterios que acabamos de exponer no se aplican matemáticamente, y por ello no conducen a todos los investigadores a los mismos resultados; sin embargo, cada vez hay más acuerdo respecto de las líneas fundamentales del ministerio de Jesús y su desenlace. Actualmente las actitudes son más optimistas que a principios o mediados de siglo; se acepta generalmente que, si bien no pueden componerse biografías de Jesús en sentido estricto, sí puede llegarse a la construcción de buenas "jesuologías" o tratados sobre Jesús y su mensaje; esta investigación histórica, que lleva a descubrir la historia de Jesús debajo de la reflexión y confesión de fe que guía la composición de los evangelios, es el indispensable cimiento para la construcción de las cristologías sistemáticas. En la valoración histórica de los dichos que los evangelistas nos transmiten en boca de Jesús, los más discutidos son aquellos en los que aparecen títulos cristológicos, ya que en ellos parece reconocerse claramente la confesión de fe de la iglesia; como criterio general se admite que Jesús predica al Padre y su Reino y que la iglesia predica a Jesús. Pero en este punto conviene tener también una elemental cautela; dado el gran contraste entre las esperanzas mesiánicas del judaísmo de la época y el mesianismo realizado en Jesús, difícilmente habrían llegado los seguidores a la confesión mesiánica si el mismo Jesús no hubiese insinuado de algún modo que él era el Mesías. Y algo parecido hay que decir sobre los títulos divinos; tanto el judaísmo palestinese como el de la diáspora eran y son rígidamente monoteístas, de modo que difícilmente habrían llegado a afirmar la filiación divina de Jesús si él, siquiera por caminos indirectos, no la hubiese manifestado o insinuado.

4.5. Los Hechos como obra histórica

Al tratar el problema histórico, por razones obvias nos hemos centrado sobre todo en los evangelios; pero casi todo lo dicho en relación con ellos vale igualmente para el segundo volumen de la obra lucana. Hechos es también el resultado de una amplia recopilación de fuentes y tradiciones, combinadas, "tratadas" e interpretadas desde la concepción teológica del autor.

Es evidente que ha realizado una gran selección, pues no se interesa por toda la iglesia primitiva, sino por la actividad de Pablo y la permanencia de sus comunidades. Ha realizado igualmente una estructuración de conjunto según su propio criterio y al servicio de su mensaje. Así por ejemplo, todo lo referente a la conversión de Cornelio y su familia (Hch 10,1-11,18), seguramente posterior al Concilio de Jerusalén (Hch 15), el autor lo adelanta para hacer a Pedro el pionero de la misión cristiana entre paganos. Al redactar algunas anécdotas, modifica elementos que pudieran contradecir sus tesis (por ejemplo la persecución de Pablo por el jeque del rey Aetas en Damasco -2Cor 11,32- es sustituida por una persecución por judíos -Hch 9,23-).

Un interés especial por la centralidad de la iglesia de Jerusalén y la primacía de sus líderes, por el enaltecimiento y defensa de Pablo, por la edificante armonía de las comunidades cristianas, y quizá incluso por la defensa del cristianismo ante el estado romano, dan a la obra un sesgo que no puede ser ignorado por el historiador. El

conocimiento de estas tendencias permite valorar de diverso modo los diversos pasajes de la obra. Pero además, para el enjuiciamiento histórico de Hechos disponemos de una instancia externa de gran valor: las cartas de Pablo; la confrontación de Hechos con estos escritos, mucho más antiguos y directos, y que frecuentemente se refieren a los mismos acontecimientos, permite detectar el grado de fiabilidad de la información lucana.

5. COMO LEER LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

La constitución del Vaticano II sobre la divina revelación dice que "la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo espíritu con que fue escrita" (DV 12c). Este texto del magisterio parece hacer referencia ante todo a la actitud de fe ante unos textos que son para alimentar la fe, y también a la objetividad exigible al lector, haciendo que éste salga de sí mismo y se abra a lo que se le ofrece; la lectura con los ojos y con el corazón no autoriza a que el lector pueda instrumentalizar el texto, proyectando sobre el lo que no es más que su inquietud personal. Para que el texto hable al lector, es preciso ante todo dejar al texto que hable; no puedo decidir qué es lo que "el texto me dice" prescindiendo de lo que "el texto dice".

El recorrido que hemos realizado por la formación de los textos evangélicos nos debe orientar para la correspondiente lectura. Aquí captar "el espíritu con que fueron escritos" es introducirse en la vida de la iglesia primitiva y en las inquietudes de los múltiples transmisores y redactores de los recuerdos de Jesús.

Se ha dicho que no existe "una llave capaz de abrir todos los registros de la Biblia" (A.Vanhoye); por ello es bueno afrontar el texto desde perspectivas complementarias. De acuerdo con los pasos analizados en la formación de los evangelios, podríamos proponer para ellos tres lecturas complementarias:

5.1. Lectura "horizontal" o sincrónica

Consiste en abordar el texto tal como está, prescindiendo metodológicamente de su génesis; el ideal es leer el evangelio seguido y completo. En todo caso, puede leerse sincrónicamente también cada perícopa, situándola cuidadosamente en su contexto, prestando buena atención a lo que precede y a lo que sigue, y a su posible función en el conjunto del evangelio. Así se perciben las líneas fundamentales de su trama y las inquietudes e inclinaciones del autor.

Sólo la lectura sincrónica proporciona la interpretación que de tal o cual pasaje hizo el evangelista, que es la interpretación normativa.

En los últimos decenios, bajo el influjo del estructuralismo, se han multiplicado los métodos de lectura horizontal; algunos son de gran utilidad para captar la redondez de la obra; otros pecan de excesivamente técnicos, utilizando una terminología un tanto críptica y poco accesible incluso al lector culto. La lectura sincrónica en sus formas más técnicas hace tal abstracción de la historia subyacente que corre el riesgo de gnosticismo.

5.2. Lectura diacrónica o "vertical"

En este caso el lector aborda un texto evangélico determinado intentando recorrer el camino seguido por el mismo desde el significado que tuvo en la actividad de Jesús, pasando por la utilización catequética que de él hizo la iglesia, hasta percibir los matices con que el evangelista ha querido transmitírnoslo. Se trata de acompañar el texto a lo largo de su historia, en cuanto nos sea rastreable.

Para esta reconstrucción, además de la comparación entre los sinópticos y sus fuentes presumibles, presta gran servicio el conocimiento de la iglesia primitiva que nos proporcionan las cartas paulinas y algunas tradiciones de Hechos.

Esta lectura es la llamada "histórico-crítica"; es muy adecuada para el cultivo de la fe auténticamente cristiana, bien arraigada en la historia. Pero tampoco pueden ignorarse sus riesgos, particularmente el de abandonarse a la fantasía a la hora de elaborar formas literarias anteriores que ya no podemos compulsar, y también el de sustituir el texto evangélico por sus hipotéticas fuentes.

5.3. Lectura sinóptica o comparativa

Muchos episodios o enseñanzas de la actividad de Jesús nos llegan por más de un evangelio, algunos incluso por los cuatro. Ello da la posibilidad de una lectura comparativa, pues la coincidencia rara vez es total. Prestando atención a los rasgos diferenciales del pasaje en los distintos evangelios, se captan las virtualidades teológico-pedagógicas de tal o cual episodio o dicho de Jesús.

Teniendo en cuenta que cada libro sagrado sólo lo es en el conjunto de la Biblia entera, la que en definitiva le da su verdad última, esta lectura puede llamarse "canónica", ya que busca la comprensión de un texto desde todos los frentes posibles. Esta lectura "múltiple" de un mismo episodio nos habla de la actividad interpretativa de la primitiva iglesia y abre pistas para llevarla adelante en la iglesia actual: ni para los primeros cristianos ni para nosotros los hechos y palabras de Jesús son restos arqueológicos encerrados en la vitrina.